

DESTINO

Barcelona, 28 de octubre de 1967 - N.º 1577 - 16 ptas.



MIGUEL ANGEL ASTURIAS
PREMIO NOBEL DE LITERATURA

OBISPOS Y LAICOS

HAN terminado en Roma dos importantes acontecimientos de la Iglesia que han reunido, por una parte, en Sínodo a una representación de los obispos y, por otra, al Congreso del Apostolado seglar. Los dos Congresos —o reuniones— tendrán sus consecuencias en este movimiento «hacia delante» que la Iglesia ha emprendido a partir del papado de Juan XXIII. No es este el lugar, sin embargo, de dar un resumen u opinión sobre lo que se ha tratado en los mismos. Sin embargo, queremos subrayar un hecho que pone de manifiesto, a nuestro entender, una realidad profunda y, para muchos, dramática de la Iglesia española.

El hecho es que si bien en el Congreso Mundial del Apostolado Seglar la conferencia de clausura ha sido pronunciada por un español, el profesor Ruiz-Giménez, en el Sínodo, al nombrarse la comisión de obispos que en adelante constituirán algo así como el Estado Mayor de la Iglesia, ningún español ha entrado a formar parte de dicha comisión. Es decir, que por un lado, dentro del movimiento de laicos, los españoles tenemos una cierta preponderancia, y dentro del obispado las voces españolas apenas tienen eco. Esto, repetimos, es una opinión subjetiva y personal. Sin embargo creemos que no es infundada.

No somos especialistas en cuestiones eclesiológicas, pero como observadores de la realidad vemos con inquietud los esfuerzos de las jerarquías eclesiológicas españolas —sobre todo de las más conocidas— para frenar los deseos de autenticidad de un inquieto laicado que vive en la vanguardia de la Iglesia, no por mero capricho o afán de notoriedad —como dicen farsaicas mentalidades— sino porque cree —y nosotros creemos que con razón— que es en esta vanguardia donde se halla la verdadera savia evangélica, el intangido espíritu cristiano —en el sentido etimológico de la palabra—, la posibilidad real de crear una sociedad justa y libre, una sociedad de hombres iguales.

Así vemos nosotros el problema. Si la jerarquía continúa en esta actitud cerrada, la posibilidad —hoy todavía bastante remota— de ruptura se convertirá en un verdadero peligro. Joaquín Ruiz-Giménez lo ha expresado claramente en su discurso de clausura: «La perspectiva de una Iglesia cada vez más "comunitaria y vital". Una comunidad ciertamente "jerárquica", pero fundada en una igualdad sustancial con "diversidad de funciones" e integrada en la única misión liberalizadora y redentora de Cristo. No se trata de contraponer a la jerarquía una especie de "sindicato de laicos". Es algo inmensamente más hondo y sencillo: la coparticipación activa (desde la liturgia a la transformación del orden temporal) en una enorme tarea común. La realización de esa "comunidad vital" a la vez jerárquica y democrática exige autenticidad creciente en el diálogo, confianza y credibilidad recíproca entre pastores y pueblo. Hacen falta para ese diálogo "cauces" en todos los niveles de la Iglesia, desde la parroquia a la Santa Sede; "cauces antiguos" o ya existentes, pero reformados, y "cauces nuevos", que el Concilio ha previsto y ha querido, pero que cuesta y que urge articular en la realidad y con sincera mentalidad representativa y democrática».

EL MITO ACEPTA CAPITAL EXTRANJERO

CON la participación mayoritaria de la Chrysler en la empresa nacional «Barreiros» —hecha pública a través de uno de esos untuosos comunicados en los que se doran las más amargas píldoras financieras— se ha cerrado un ciclo cuya significación merece, al menos, el breve eco de una apostilla, ya que no el aleccionador comentario que fuera de desear.

Durante unos años, en el marco de nuestro opulento neocapitalismo el caso Barreiros ha sido exaltado como paradigma de un espíritu de empresa lleno de dinamismo, como manantial de riqueza fruto de una iniciativa privada llena de audacia y de intuición.

La trayectoria deonante de

esta industria —que más tenía de cucaña problemática— culminó con el lanzamiento de vehículos de turismo de los cuales uno de ellos, ostentoso, caro y lleno de dudosas innovaciones, era, hasta para los más legos, poco apto para sobrevivir en el mercado de un país cuyo salario mínimo ha sido fijado recientemente en la escuálida cifra de 96 pesetas. No obstante, la figura del creador del complejo industrial de Villaverde era traída y llevada como exponente del milagro español y exaltada en medio de un coro de papanatismo de difícil digestión. Entrevistas, visitas, declaraciones y ruedas de prensa, que en este caso más bien eran ruedas de molino, se encargaron de ofrecernos la imagen misma del éxito con el fondo impresionante de las factorías. Alguien, al presentarse las primeras dificultades, habló hasta de mito. Y naturalmente, un mito debe de estar por encima de aberraciones estructurales, de planteamientos antieconómicos, de

reducciones de puestos de trabajo y de ineptias de gestión.

Desgraciadamente, la realidad interior era muy diferente de lo que quería demostrar aquella deslumbrante fachada. Prescindiendo de los resultados de cualquier estudio de mercados: desoyendo lo que cualquier análisis de la demanda puede revelar: trivializando las dificultades y rodeándose de colaboradores superaudaces, aunque no superinteligentes, en medio de una indescriptible rotación de personal, la marcha de la empresa gallega seguía un curso cada vez más irreal, sobre unas bases cada vez más incoherentes. Hasta que para salvar la intangibilidad del mito no hubo más remedio que recurrir a algo tan hipotético como es una transfusión de capital extranjero. Dejemos que «la proyección popular del mito» a que aludía un conocido periodista —esa que «había que mantener, a cualquier precio», no tenga que pagarse con un expediente de crisis más.

NO

ESTA vez, la sorpresa que nos acaba de producir un grupo de ye-yés, compatriotas nuestros, es desconcertante y vergonzosa. Según una noticia dada por la prensa, en Madrid, ciertos clubs ye-yés, han tenido la «feliz» ocurrencia de prohibir la entrada en sus locales a la gente de color.

¡Era lo que faltaba! Una de nuestras únicas virtudes de la que todos podíamos vanagloriarnos —la indiscriminación racial— se ve amenazada por culpa de unos cuantos mecosos decadentes que se atreven a jugar con algo tan serio como es la dignidad del hombre.

Quisiéramos con toda el alma que el ejemplo no cundiera. Y exigiríamos con todas nuestras fuerzas que, de proliferar en nuestro país esta especie de disparate humano que es el racismo, las autoridades, tomaran rápida y eficazmente cartas en el asunto. Esta vez, sí, sin miramientos.

HA DICHO

Victor Martínez

obrero de artes gráficas, en contestación al artículo de Antonio García - Trevijano «Ante un grave riesgo nacional. La peronización de los Sindicatos españoles». Ambos trabajos han sido publicados en el diario «Madrid»:

«HOY hay dos planos diferenciados en la acción obrera, con un mínimo, naturalmente, de interdependencia: la lucha económica y la lucha ideológica y política. La primera se canaliza por la vía reivindicatoria sindical; la segunda busca su cauce a través de las agrupaciones políticas. El movimiento obrero español actual ha acertado a diferenciar ambos planos, sindical y político, con realismo ejemplar. Así, los sindicalistas responsables defienden la unidad sindical como instrumento para el cumplimiento de un fin parcial y unitario de todos los trabajadores, como es la defensa de sus derechos laborales y como "forja de la unidad ideológica y política" que precisa para plantearse las reformas de estructuras a que aspira desde su mismo nacimiento el movimiento obrero.

Para que esta unidad sindical sea posible sólo hay un camino: la "despolitización" de la acción sindical. Despolitización que no puede significar la renuncia a posiciones políticas de los militantes y dirigentes sindicalistas, sino autolimitación política en lo sindical de éstos y apertura simultánea de cauces por donde canalizar los trabajadores sus naturales aspiraciones políticas.

(...) Cuando defendemos la unidad sindical no nos referimos a la impuesta desde arriba, sino a la elaborada abajo y aceptada libremente por los afiliados. Y cuando hablamos de independencia sindical la concebimos como autogobierno total que incluye, desde luego, la libre y democrática designación de todos los cargos sindicales, incluidos, naturalmente, las jefaturas de los Sindicatos de rama y todos los cargos ejecutivos.»



Raimon y su esposa con Jean Ferrat. (Foto: Oriol Maspons)

CANÇO CATALANA

EXPLICACION DE DOS AUSENCIAS

EL Observador encontró hace unos días a Raimon. Raimon siempre es noticia. En este caso lo fue por varias razones. Primera, porque nuevamente había intentado cantar en Madrid y nuevamente —por enésima vez— no le habían dado el permiso correspondiente. Segunda, porque al cabo de pocos días iba a Méjico por motivos profesionales, donde permanecerá un mes. Y, tercera, porque tenía que explicarme por qué no había participado en el Festival de la Canción Catalana de Lloret de Mar. Varios críticos se preguntaron por la ausencia de Raimon y de Pi de la Serra, del Festival. Entre ellos fue notorio el artículo de Juan de Sagarra en «El Correo Catalán». Pero Raimon tiene sus razones, sus muy válidas, objetivas y justas razones. Las expuso a un semanario catalán, pero éste, no se sabe por qué razones, no las utilizó. He aquí, pues, las razones de Raimon tal como nos las explicó:

«Pi de la Serra y yo no asistimos al Gran Premio del Disco de Lloret de Mar de mutuo acuerdo.

También estaba de acuerdo Joan Manuel Serrat y, finalmente, sin darnos una explicación, participó. Y no fuimos porque no comulgáramos ni con el planteamiento ni con la estructuración general del premio. Esto no es cosa de hoy, sino de hace tiempo, pero no habíamos dicho nada con el fin de contribuir a la promoción de la discografía del país. Ahora, cuando nos hemos dado cuenta de ciertas maniobras y también de la existencia de otros medios de promoción, creemos que hace falta explicar cuál es nuestra posición frente al Gran Premio. Nuestra posición, quede bien entendido, no es contra personas sino contra determinadas estructuras e instituciones. No estamos de acuerdo con el Gran Premio porque: 1) El planteamiento general de las bases es falso y equivoco. Por ejemplo, cualquier disco catalán, por el sólo hecho de serlo y sin autorización expresa de su autor o responsable, participa en el Premio. 2) Creemos que quien ha de juzgar las cosas es el público. ¿Quién nombra al Jurado? No creemos en la auto-

ridad de un Jurado nombrado por personas muy interesadas en las casas de discos. 3) No creemos que deban descartarse para el Gran Premio los discos «de testimonio» y de «convergencia literaria». Creemos que tanto uno como otro no están refinados, sino todo lo contrario, con la calidad. Es un tipo de discriminación que muestra muy a las claras los intereses que se mueven tras el telón de fondo del Festival. 4) En gran cantidad de anuncios y coetillas la organización había anunciado nuestra actuación en el fin de fiesta, cuando sabían positivamente que no iríamos. Tampoco estamos de acuerdo con las presiones recibidas para que participáramos en el Festival. 5) El marco en que se desarrolla el Gran Premio no creemos que sea el más adecuado para el carácter auténticamente popular que pretendemos tengan nuestras canciones.»

Las razones son de gran peso. Y Raimon y Pi de la Serra son verdaderos testigos de cargo. Dentro de la crisis de crecimiento en que se mueve actualmente la canción catalana, quizás este Gran Premio del Disco de Lloret de Mar haya sido la primera víctima.